La Canalla
LITERARIA
Suplemento de letras y fideos No. 15
hipócritalector

Navidad, con todas sus sombras

Presentación

La Navidad no siempre llega envuelta en armonía ni buenas intenciones. A veces se presenta como recuerdo incómodo, como fábula moral, como disputa de poder o como cifra que exhibe el exceso. Cada diciembre vuelve la escena, pero nunca es la misma historia.

Este suplemento reúne crónicas, relatos y ensayos que se alejan de la postal ideal para observar la celebración desde sus grietas: el autoritarismo y la intimidad familiar, la nostalgia y la redención, la ficción que incomoda y el consumo que se normaliza. Entre cruceros por el Báltico, navidades imperfectas, fantasmas dickensianos, ladrones simbólicos de la fiesta y los números que sostienen el ritual, estos textos exploran lo que se enciende —y lo que se oculta— cuando el año se apaga.

Porque, como escribió Gogol, por las noches el diablo enciende las farolas con un solo propósito: mostrarlo todo bajo una falsa luz.

La Navidad del DIABLO

(una postal del Báltico)

| MARIO ALBERTO MEJÍA

En pleno crucero por el Báltico, Rafael Moreno Valle y Martha Érika Alonso buscaron olvidarse por unos días de Puebla.

Pese a que estaba por rendir protesta como gobernador, estuvo de acuerdo en viajar con su esposa en un yate de lujo por algunas de las ciudades más bellas del mundo, como Oslo, Copenhague, San Petersburgo, Helsinki y Estocolmo.

Fue en San Petersburgo donde Moreno Valle empezó a tener síntomas de ansiedad. Cada hora —desde el amanecer hasta la hora de dormir— hablaba por celular con alguno de sus colaboradores. A veces aparecía el Moreno Valle de siempre, y surgían los gritos y los reclamos. Martha Érika tenía que callarlo ante las miradas irritadas de los viajeros.

Se hospedaron en el exclusivo hotel Four Seasons Lion Palace (Voznesensky Ave, 1) en el centro de San Petersburgo, a trescientos metros de la plaza del celebérrimo Palacio.

Los interiores de la habitación tenían un brutal estilo imperial ruso. A Moreno Valle le encantaba la personalidad de Pedro el Grande. No sólo eso. Se identificaba con él en varios aspectos: el puño de hierro, el autoritarismo, el afán de transformar las cosas, la grandilocuencia y el sueño de la modernidad. Así lo dijo en varios momentos del crucero. Así lo repitió cuando desde Perspectiva Nevski vio la ciudad imperial y la mágica iluminación nocturna.

Una frase se aprendió en ese recorrido. Una frase de Gogol: "Por las noches el diablo enciende las farolas de la calle con un solo propósito: mostrarlo todo bajo una falsa luz".

Por esos días, en Nueva York, el empresario Ricardo Henaine fue a pasar la Navidad con su familia al Waldorf Astoria. Cenaba ahí cuando una voz desde Puebla le compartió los planes del nuevo gobernador en el sentido de quitarle la propiedad de Valle Fantástico.

—¿Quién habla? —gritó Henaine al tiempo que le servían un vodka helado de la exclusiva casa Beluga.

—¡Adolfo Karam, de Puebla!

—Ah, sí, Adolfito. ¡Estoy en Nueva York! ¡En el Waldorf Astoria! ¡Vino conmigo Manlio Fabio (Beltrones)! ¿Qué pasó?

A grandes rasgos, Karam le habló de los planes de Moreno Valle en contra suya. Henaine explotó y dijo que quería ver que se atreviera. Karam le dijo que tenía unas grabaciones en las que el propio gobernador electo hablaba de su plan. Henaine le dio un trago a su Beluga y gritó que le iba a partir la madre a Rafael donde se lo encontrara.

—¡Me dijeron que anda en un crucero por el Báltico! ¡Ahora mismo me voy a San Petersburgo para partirle la madre! (Risas).

Karam se despidió diciéndole que contara con él para lo que se ofreciera y que le deseaba una feliz navidad y un próspero 2011.

Al otro día, el senador Beltrones y Henaine se fueron a comer a The Pool.

Como lo manda la tradición, pidieron vieiras de Hokkaido y caviar. Henaine ordenó vodka Beluga. Beltrones pidió un tinto de Valle de Napa. Un Abraxas, de Robert Sinskey, músico y enólogo.

El empresario poblano le preguntó por Sylvana, su nieta. El senador, emocionado, le platicó de sus primeros meses de edad. Pasaron a hablar del hotel en el que estaban hospedados: el Waldorf Astoria. Henaine le dijo que el general MacArthur había vivido ahí, así como Marilyn Monroe y los mafiosos Frank Costello, Benjamin "Bugsy" Siegel y Charles "Lucky" Luciano. "También Cole Porter", agregó Beltrones. "Me encanta Cole Porter", dijo Henaine. Y tararearon, entre risas, "Let's do it".

—¡Fíjate, querido Manlio, que ayer me habló uno de los colaboradores de Mario Marín para decirme que el hijo de la chingada de Moreno Valle me quiere dejar en calzones!

(Risas).

—¡Ese cabrón es capaz de quitártelos también, Richard! (Risas).

—Se oye chistoso, pero no lo es de ninguna manera. Este colaborador del gobernador me dijo que lo tiene grabado. Quedó de pasarme la cinta. ¡El hijo de puta me quiere quitar Valle Fantástico y el aeropuerto!

—Tengo noticias de él. Es un ególatra y un autoritario. Alguna vez me hizo esperar en la antesala de su casa el muy cabrón. Búscate a Diego Fernández para que te lleve el caso.

—Ya hablé con el Jefe Ciego. (Risas). Me cobra en dólares el cabroncete. (Risas). También me recomendaron a Javier Quijano.

—A ése ni te acerques. Es abogado y muy amigo del tío. ¿Cómo se llama el que era dueño del canal 40?

—Javier Moreno Valle. Está prófugo. A ver si no nos lo topamos aquí. (Risas).

—Lo que tienes que hacer, Richard, es hablar con el presidente Calderón. Explícale bien que este nuevo gobernador la trae contigo en lo personal.

—Me ha mandado a algunos de sus próximos colaboradores a negociar. Hablé con el hijo de Mariano Piña Olaya. Creo que va a ser el fiscal.

—¿Y qué te dijo?

—Que Moreno Valle quería comprarme Valle Fantástico.

—¿Comprártelo? ¿Qué no tienes en comodato el terreno?

—Más bien me quería dar una compensación. ¡Una basura, querido Manlio!

—Arréglalo con el presidente, Richard, y déjate de pendejadas.

—¿Desde el Senado no le puedes armar un buen pedo?

—Lo protege el presidente. También Elba Esther. Además, apenas va a rendir protesta. Ya que sea gobernador hasta un juicio político le promuevo. (Risas). Por lo pronto aguántate.

—¡Sí, claro, y entrando entrando me va a dejar sin calzones! (Risas).

—Yo te consigo una cita con el presidente, Richard. Ya olvídate de eso. Vamos a pasarla bien en este restaurante. Las vieiras están mejores que las de Sonora. (Risas).

—¡Son de Japón! ¡De la isla de hokkaido! ¡Las mejores del mundo, querido Manlio!

Crónica de una

Navidad imperfecta

| CLAUDIA CARRILLO

Cada víspera de Noche buena mi mamá se pasaba el día entero preparando la cena. El menú —solo para cuatro personas— incluía espagueti, chiles rellenos, bacalao, ensalada y vino espumoso. Todo en cantidades tan generosas que alcanzaban hasta el año siguiente... bueno, hasta la semana siguiente, que técnicamente ya era otro año.

El protocolo era inamovible: mi mamá terminaba cansadísima después de la jornada gastronómica y, aun así, tenía el ánimo de ponerse guapa para que la cena navideña fuera perfecta. En cambio, mi hermana mayor y yo (la menor aún no nacía) nos irritábamos con su sacrificio, todo por un par de horas de convivencia más bien forzada.

Y es que a mi papá se le ocurrió hacerse de otra familia y, pues, al ser varones, sus hijos eran —o son— su orgullo. Pasaba el tiempo con ellos y, ya por compromiso, llegaba a cenar. Literalmente comíamos y nos íbamos a dormir. No recuerdo regalos, intercambios, abrazos, cariño... solo un trámite con recalentado.

Así pasaron los años, y Navidad significaba eso: una fecha de protocolo. No la odiaba —tampoco es que una se ponga dramática—, pero no me emocionaba. Me era indiferente. Aunque, confieso, me daba coraje ver el esfuerzo de mi madre reducido a dos horas insípidas. Y más coraje me daba que mi papá, que no levantaba ni un dedo —ni siquiera para la limpieza de la casa—, todavía tuviera el descaro de quejarse porque algo le parecía "desabrido".

En fin. Cuando empecé mi propia familia, la fecha cambió de sentido: menos "perfecta", más humana.

Desde que mi esposo llegó a México empezamos, literalmente, desde cero: empleos mal pagados —si bien nos iba—, emprendimientos arriesgados, la pandemia... Así que la cena de Navidad era un lujo y, aun así, intentábamos hacerla "especial". Nuestro momento más gourmet fue un tataki de atún acompañado de hamburguesas, pero fue entonces cuando entendimos que no era la comida lo que hacía la fecha. Dejamos de preocuparnos por el menú y, en general, por planear la ocasión.

Y es que permítame darle contexto de por qué cambiamos la dinámica. Cuando mi hijo Gael cumplió tres años organizamos un mini convivio en su escuela. Llevamos pastel y piñata; tocó temática de dinosaurios. Corrimos por los globos porque los entregaban tarde y el pastel era de helado, así que ya íbamos al límite del desastre. Al llegar, mi esposo bajó del coche, se tropezó en la banqueta porque los globos le tapaban la vista y… los soltó.

Imagine, hipócrita lector, la escena: mi marido intentando atraparlos como si tuviera superpoderes, yo batallando para bajar al niño del coche, y Gael viendo si su padre lograba rescatar los globos que, más bien, ascendían rumbo al cielo. Se quedó llorando a moco tendido.

Corrimos por nuevos globos de dinosaurios mientras los niños esperaban alrededor del pastel que amenazaba con derretirse. Y al final, Gael quedó tan triste por los dinos que se extinguieron que ni logró disfrutar la fiesta.

Llegando a la casa, a fin de consolarlo, pedimos pizza, le pusimos la velita y nos quedamos viendo la tele. Solo los tres. Y le juro que nos supo a felicidad pura. Entonces nos dimos cuenta de que le importaba un comino el pastel, los dinosaurios o la piñata. Lo que realmente valoraba era estar con nosotros, pasarla a gusto, sin tanta producción.

Recordamos esa tarde de pizza y televisión, y una Nochebuena con las vacas flacas optamos por lo mismo: llamamos a Domino's, movimos los sillones, pusimos el colchón frente a la tele y nos aventamos un maratón de Avengers. La pasamos tan bien que repetimos el ritual en Año Nuevo.

Le cuento además que, aunque la patria ande rota, Gael recibe regalos tanto de Papá Noel —por su mitad francesa— como de los Reyes Magos, por su otra mitad mexicana. Y ellos no han fallado. Todo sea por dejarle, desde ahora, un buen recuerdo navideño. Y aunque parezca difícil, creo que lo hemos logrado.

Hace una semana empezamos con las decoraciones, pusimos el arbolito y, claro, Gael está emocionado por las fechas. Mi esposo y yo, convencidísimos, asumimos que lo que lo entusiasmaba eran los regalos. Pero nos corrigió la plana con una frase sencilla:

—Es porque me gusta pasarla bien con ustedes.

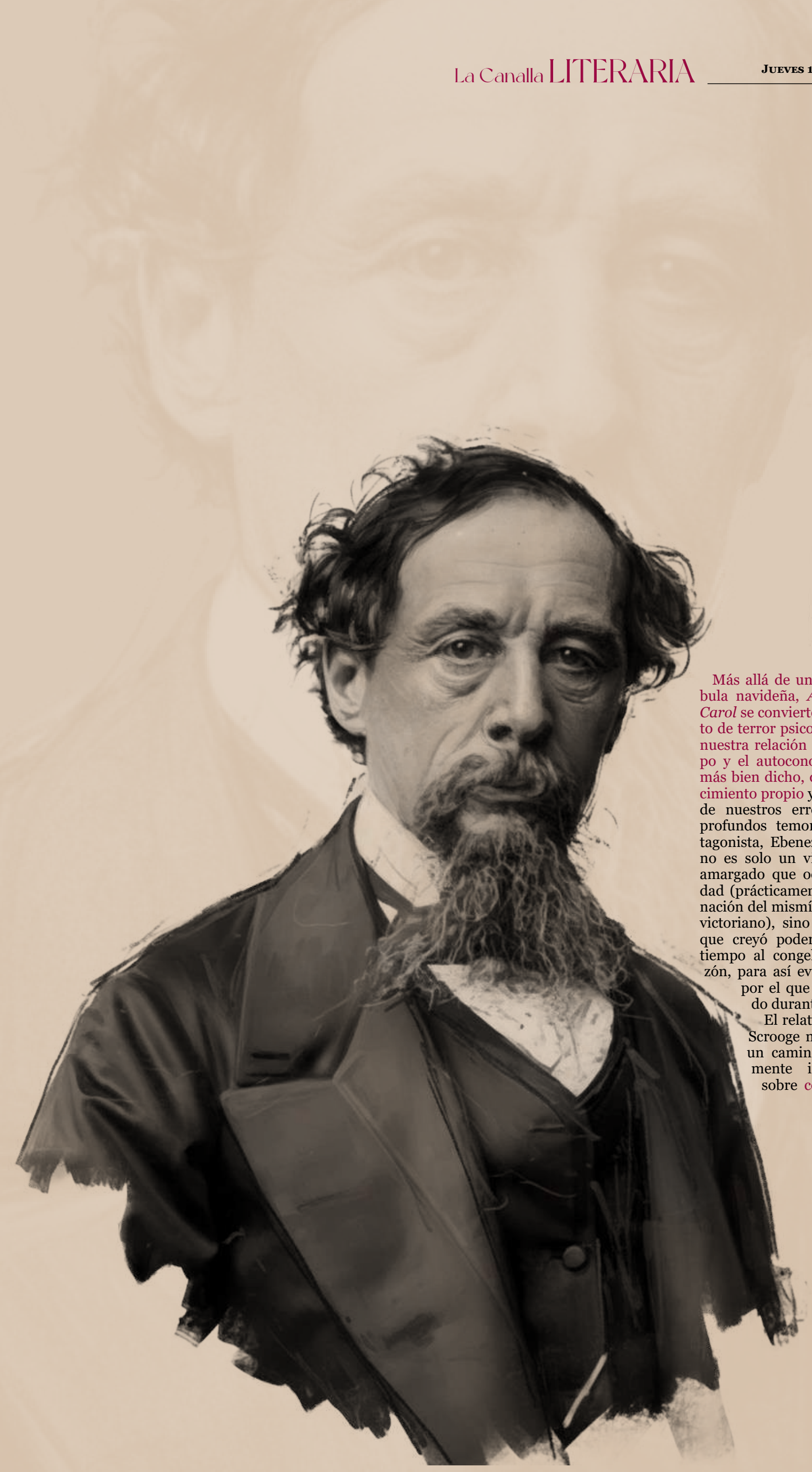
Y ahí, hipócrita lector, volví a entenderlo todo: la Navidad perfecta es, quizá, la única donde uno puede ser feliz sin receta, sin menú y sin protocolo.

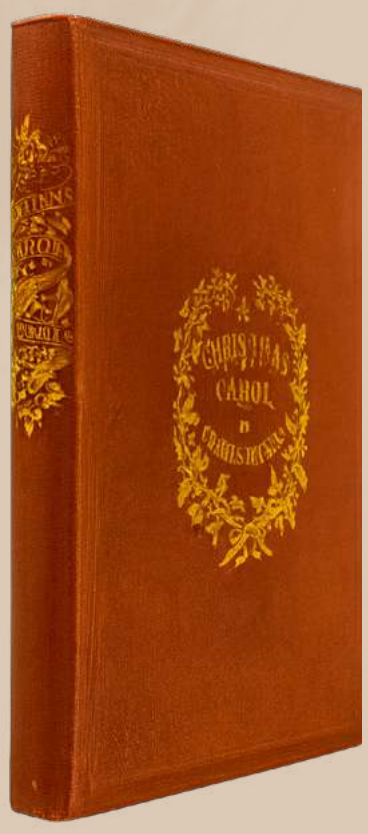
Un Cuento de Navidad y los fantasmas del tiempo

| GEORGINA CRUZ

¿Estamos realmente condenados o 'encadenados' a nuestro pasado? La respuesta puede ser tan ambigua como complementaria y, aún en la primera mitad del siglo XIX, el escritor inglés **Charles Dickens** exploró esta dicotomía en torno a los arquetipos del tiempo a través de su *Cuento de Navidad,* publicado en 1843.

La historia ambientada en plena época decembrina plantea interesantes reflexiones que —más de siglo y medio después— reaparecen como fantasmas, durante esta temporada en la que la nostalgia y las pérdidas de un año más que casi culmina, pero también la ilusión de los próximos comienzos y la esperanza de tiempos futuros, regresan a rondar por la memoria.





Más allá de una simple fábula navideña, *A Christmas Carol* se convierte en un relato de terror psicológico sobre nuestra relación con el tiempo y el autoconocimiento o, más bien dicho, del desconocimiento propio y la negación de nuestros errores y más profundos temores. El protagonista, Ebenezer Scrooge, no es solo un viejo avaro y amargado que odia la Navidad (prácticamente la encarnación del mismísimo Grinch victoriano), sino un hombre que creyó poder detener el tiempo al congelar su corazón, para así evitar el dolor por el que ha transitado durante su vida.

El relato en torno a Scrooge nos lleva por un camino profundamente introspectivo sobre cómo las decisiones que tomamos en el pasado condicionan nuestro presente y cómo este último –a su vez– refleja nuestra actualidad. Su estructura temporal se revela en forma de espectros que muestran que la indiferencia con la que transitamos el 'hoy' puede conducirnos hacia un futuro amenazador… pero también a la redención.

Para ello, Dickens representó de manera fantasmagórica las tres dimensiones temporales que conforman la existencia humana, planteando una hipótesis fundamental que podría considerarse casi universal: el pasado nos condiciona, el presente nos revela verdades que ignoramos y el futuro nos amenaza con las consecuencias de nuestros actos, e incluso, a veces, pareciera que nos traiciona.

Fantasma del Pasado: una jaula de causalidades y condicionamiento

Para Scrooge, el viaje en retrospectiva comienza con el ***Fantasma de las Navidades Pasadas,*** una figura que oscila entre un niño y un anciano, con una gran fuente de luz que emana de su cabeza. Esa luz representa precisamente la memoria y, para el protagonista, sus recuerdos resultan dolorosos.

Juzgado por ser un viejo gruñón e insensible durante todo el inicio del libro, el primer espíritu nos pone en contexto las causas de dicha frialdad, pues nadie nace con el corazón de hielo. El fantasma lleva a Scrooge a su infancia y a recordar al niño solitario olvidado en la escuela; a la hermana que lo amaba en su juventud y que murió siendo todavía una niña, y al momento en que Belle –su prometida– lo abandona porque él comienza a obsesionarse con el dinero debido a su miedo a la pobreza.

Entonces llega el condicionamiento. A Scrooge, su pasado le enseñó que las relaciones humanas duelen y terminan, mientras que el dinero le ofrece seguridad y no lo abandona. Así, el fantasma desvela que el presente solitario y mezquino de Scrooge son cicatrices de una herida mal curada que cerró pero sigue infectada. En estos tiempos de priorizar el bienestar personal, sabemos con certeza que cada persona somos lo que nos ha ocurrido, pero Dickens sugería desde entonces que revisar las raíces de nuestras heridas es el primer paso para dejar de esclavizarnos.

El *Fantasma de las Navidades Pasadas* muestra a Scrooge cómo las experiencias y las elecciones condicionaron su personalidad actual; demuestra que el pasado no solo se recuerda, sino que se revive y se entiende como la serie de causalidades que lo convirtieron en ese 'villano' que odia la Navidad y desprecia la alegría.

Fantasma del Presente: el espejo de las revelaciones

Si el pasado es memoria, el presente es conciencia. El ***Fantasma de las Navidades Presentes*** es un gigante alegre y bonachón, rodeado de abundancia y que vive solo un día. Su lección es la inmediatez y la vitalidad, algo que en nuestra modernidad ha ganado fama como el 'aquí y ahora'.

En el mundo ensimismado y hasta narcisista de Scrooge, cree que su avaricia no afecta a nadie más que a él mismo. Por ello, el segundo espíritu actúa como una revelación brutal. Al llevarlo a la casa de su empleado, Bob Cratchit, el fantasma le muestra que el amor y la dignidad humana están presentes incluso en medio de la escasez y las dificultades económicas.

Sin embargo, la revelación más oscura llega al final de la visita de este espectro, pues bajo su túnica esconde a dos pequeños monstruos: Ignorancia y Miseria. Dickens nos dice aquí que el presente no es solo lo que vemos y es tangible, sino también lo que decidimos ignorar en la sociedad. El presente nos revela quiénes somos realmente a través de cómo tratamos a quienes nos rodean en el día a día, y este fantasma lo advierte sin rodeos: ignorar el sufrimiento ajeno en el presente desencadena la fatalidad del futuro.

El *Fantasma de las Navidades Presentes* cumple la misión de confrontar a Scrooge con la realidad de su vida actual y, todavía más importante, con la vida de quienes lo rodean y a quienes afecta con su indiferencia. Al ser testigo de la austera pero feliz cena navideña de los Cratchit, su corazón es tocado por el pequeño y enfermo Tim, quien le recuerda a su hermanita fallecida.

El espíritu presente también le muestra la alegría y la piedad de su sobrino, Fred, quien celebra la Navidad a pesar de la ausencia y el desprecio de su tío, revelando al 'ahora' como un momento de oportunidad y responsabilidad, ya con plena conciencia de que la felicidad existe a su alrededor pero él se excluido de ella por decisión propia.

Fantasma del Futuro: bajo la sombra de la amenaza

Sin duda el espectro más aterrador es el ***Fantasma de las Navidades Futuras.*** No habla, solo señala. Es una sombra, un vacío porque, como el futuro, no existe todavía, es solo una proyección de nuestras acciones actuales.

Representado de manera brillante por Dickens, la idea del futuro refleja también una amenaza definitiva: el olvido y la muerte sin legado. La escena del cementerio no es triste porque Scrooge muera (pues algún día cada persona que nacimos, moriremos), es trágica porque a nadie le importa.

Aquí, el tiempo se convierte en una sentencia judicial. La posible muerte del pequeño Tim contrasta con la de Scrooge, ya que la primera genera dolor y memoria pero la del anciano es un alivio que deriva en el saqueo de sus bienes. El futuro amenaza con confirmar un destino inevitable si no cambia su rumbo: que la vida de Scrooge ha sido un desperdicio. La visión de su propia lápida abandonada es el golpe final que deshiela su corazón al quebrar el ego.

Este momento clave, al que inclusive parecería haber llegado "demasiado tarde", nos recuerda que es imposible escribir con certeza el futuro y que podemos cambiarlo, pues es una proyección de acciones (o inacciones) presentes. Al ver el horror de su solitaria muerte, Scrooge entiende la amenaza y se arrepiente, prometiendo cambiar.

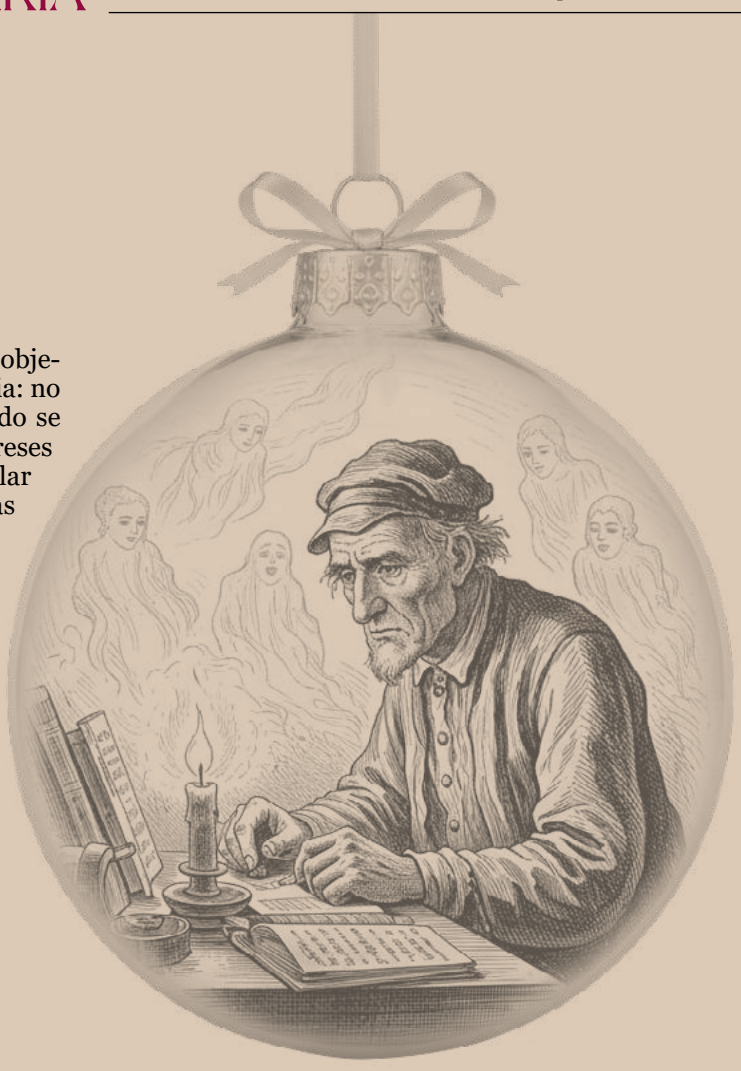
Una redención a (des)tiempo

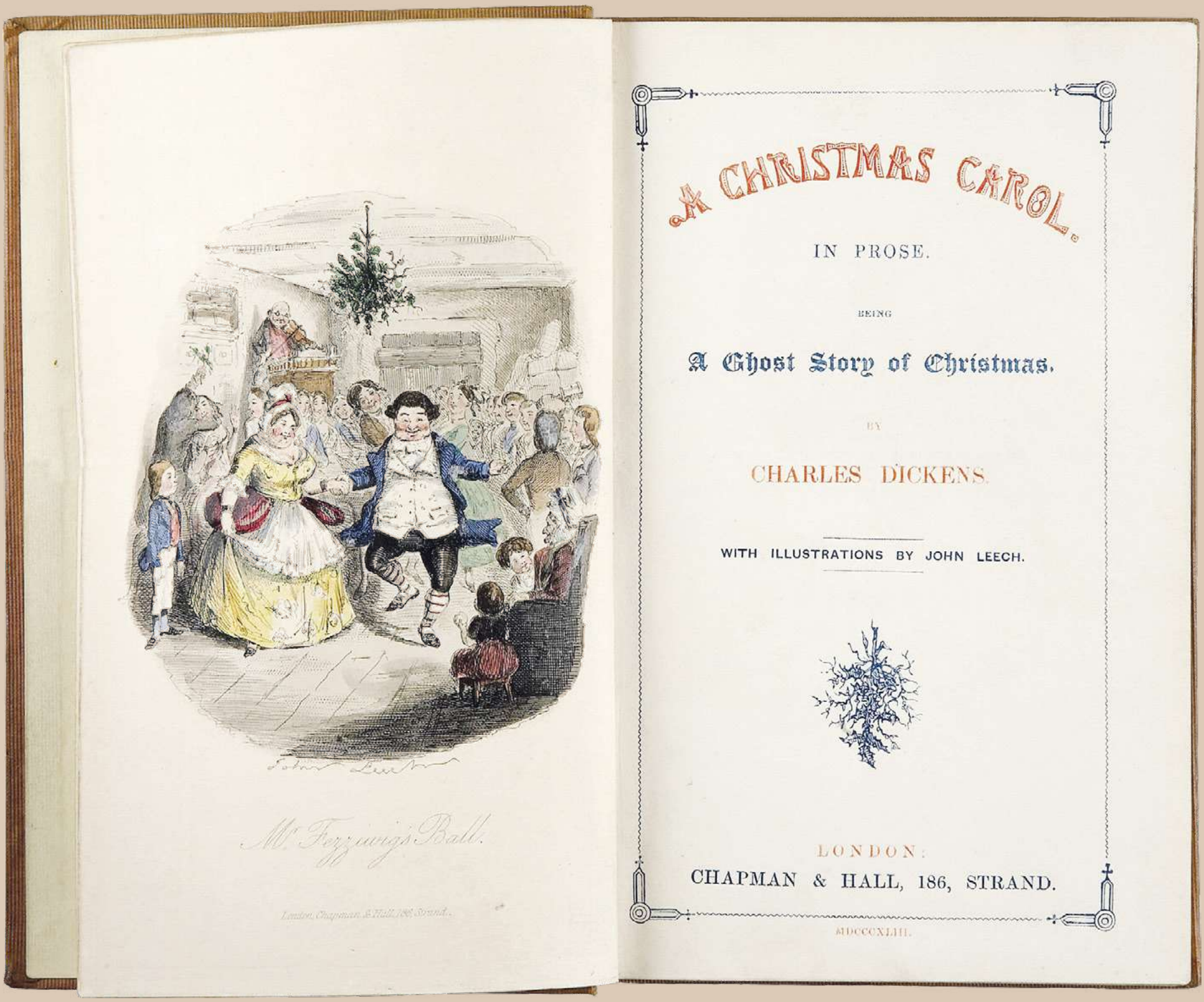
Tras este viaje de arrepentimiento, Ebenezer Scrooge vuelve al presente como un hombre reformado y consciente del tiempo que le queda, rompiendo las cadenas de ese doloroso pasado para crear un presente generoso que traiga consigo un futuro digno y más humano. Su salvación llega cuando comprende que no puede vivir en un solo tiempo.

Para el autor, el tiempo no es linealmente fatalista sino un ciclo que puede ser reescrito, obra con la que Dickens intentó motivar a la clase alta de la época victoriana a ayudar a los más desfavorecidos, quienes a pesar de tener fortunas imposibles de gastar durante sus vidas, ignoraban la difícil realidad enfrentada por los estratos sociales más bajos.

Más de 18 décadas después, honrar el objetivo de Dickens mantiene su trascendencia: no hace falta vaciar nuestros bolsillos ni todo se centra en donaciones monetarias o intereses económicos, podemos empezar por regalar a los nuestros y el entorno una versión más empática y generosa de nosotros mismos.

Al final, *Cuento de Navidad* nos enseña que nunca es demasiado tarde para cambiar el destino propio, siempre y cuando estemos dispuestos a escuchar lo que los fantasmas del tiempo tienen que decirnos. Si bien el pasado no se puede cambiar, un viaje a nuestra memoria interior puede ser doloroso, pero también iluminador para esclarecer el futuro.





Versus

Farderos de la Navidad

| CLAUDIA CARRILLO

Cada diciembre, mientras las luces se encienden y los villancicos se repiten hasta el cansancio, surgen dos figuras que, desde trincheras totalmente opuestas, ponen en jaque al espíritu navideño.

Uno es verde, huraño y de corazón minúsculo; el otro, un esqueleto elegantemente entusiasta que se emociona con cualquier celebración ajena. Ambos coinciden en un mismo impulso: arrebatar la Navidad.

Pero las motivaciones del Grinch y de Jack Skellington no podrían ser más distintas. Entre montes nevados, criaturas siniestras y trineos improvisados, estas dos historias revelan —cada una a su modo— qué hay detrás de una fiesta que no depende de regalos, ni de adornos, ni siquiera de Santa Claus.

El Grinch

Se trata de una criatura verde y peluda que vive al norte de la Villa de los Quién, donde todos aman la Navidad excepto él. Nadie sabe con certeza la razón, probablemente porque su corazón era dos veces más pequeño.

Tras haber soportado cincuenta y tres años el júbilo de los Quién cada Nochebuena —cantos, banquetes, risas, juguetes—, el Grinch tuvo una horrible idea: robarse la Navidad.

Confeccionó un traje de Santa Claus, le ató un gran cuerno de reno a su perro Max, cargó unas bolsas y viejos sacos en un trineo destartalado y bajó del monte Crumpit rumbo a cada una de las casas de los Quién.

Tomó todos los regalos, adornos y árboles de los hogares, dejando solo ganchos, algunos cables y la única partícula de comida del tamaño de una migaja tan pequeña incluso para los ratones.

De regreso a la cima del monte, pensaba que los Quién, al despertar, descubrirían que no llegaría la Navidad y llorarían. Sin embargo, al mirar fijamente hacia la Villa, se dio cuenta de que el sonido que emanaba era de felicidad y que todos estaban cantando sin que hubiera regalos, adornos, árboles, cintas, paquetes, bolsas ni comida.

El Grinch se pasó tres horas pensando hasta que le dolió la cabeza, entonces se dio cuenta de que la Navidad no viene de una tienda, sino que significa algo más.

Su corazón aumentó de tamaño tres veces y, hasta que ya no se sintió tan pequeño, regresó los regalos y la comida para el banquete navideño e incluso él mismo probó una bestia asada.

Jack Skellington

También conocido como "El Rey Calabaza", es un esqueleto encargado de las fiestas de Halloween.

Cuando Jack viaja a la Villa Navideña, se da cuenta de la alegría que hay en vísperas de Nochebuena y decide hacer suya la fiesta de la Navidad.

Pide a brujas, vampiros y monstruos que habitan Halloween Town que le confeccionen un traje de Santa Claus, juguetes para los niños, así como un trineo con sus respectivos renos, para que todos sean parte de esta fiesta que lo dejó encantado.

Papá Noel es secuestrado y cae en manos de Oogie Boogie, a fin de que Jack ocupe su lugar y entregue los horribles juguetes que las criaturas han diseñado con mucho entusiasmo.

Jack comienza la osadía entregando los regalos, pero estos comienzan a atemorizar a familias enteras, ocasionando un caos mientras la gente se pregunta: "¿Dónde está Santa Claus y quién es aquel que lo usurpa?"

"El Rey Calabaza" logra entender lo que sucede hasta que su trineo es derribado y cae en un cementerio, donde comprende que debe regresar todo a la normalidad, pues Santa Claus está encargado de la Navidad, tanto como él debe hacer gritar a la gente en Halloween.

Se enfrenta a Oogie Boogie, quien estaba a punto de devorar a Papá Noel. Jack se disculpa y le pide al viejo de la Navidad que rescate esta fiesta que tanto le gustó.

A punto de concluir la Nochebuena, las criaturas de Halloween Town ven el trineo de Santa Claus, quien deja a su paso una caída de nieve para que tengan un poco de la Navidad de la que Jack Skellington les había hablado con tanto entusiasmo.

Veredicto

El Grinch es un personaje creado por Dr. Seuss, protagonista de su libro infantil ¡Cómo el Grinch se robó la Navidad!, donde critica la manera en que esta festividad se ha vuelto comercial y reprueba la explotación de esta época a cambio de beneficios económicos.

Por su parte, Jack Skellington es la estrella principal de Pesadilla antes de Navidad, película producida por Tim Burton, donde, a través de musicales, el personaje cae en la cuenta de lo que realmente significa la Navidad y entiende que debe dejar que el curso de la vida marche como siempre para no alterar lo que pasa alrededor.

Ambos se roban la Navidad, sí, pero lo hacen por motivos inversos: el Grinch la detesta y busca anularla; Jack la adora y quiere replicarla. Entre la misantropía y la fascinación, sus historias coinciden en un punto: la Navidad, pese a todo, logra sobrevivir.

Y así, en esta batalla simbólica de ladrones festivos, el triunfo corresponde al Grinch: porque solo él atraviesa la ruta completa del resentimiento a la revelación, de la cerrazón al entendimiento. Su corazón —una vez ampliado a su justa escala— lo convierte en el fardero más entrañable de la temporada.

Los números detrás del consumo navideño

|STAFF · hipócritalector

El consumo navideño en México sigue creciendo y dejando una fuerte huella económica y social. Cada diciembre, millones de hogares ajustan su presupuesto, destinan su aguinaldo y modifican sus hábitos de compra para participar en la temporada más intensa del año.

Las siguientes cifras muestran cómo se comportan los mexicanos durante estas fiestas y cuál es el impacto real de la Navidad en la economía del país.

560,800mdp
La derrama económica durante diciembre de 2024.

+8.6 %
Crecimiento anual de la derrama 2024.

$6,359
Gasto promedio por persona en regalos para este año.

+15 %
Aumento del gasto en regalos 2025 vs. 2024.

73 %
Mexicanos destinan el aguinaldo a regalos.

65 %
Del presupuesto es destinado a compras para familiares.

20 %

Destinado a regalos para amigos.

15 %

Gasto destinado a compañeros de trabajo.

4.8 millones

Comercios impulsados por la temporada.

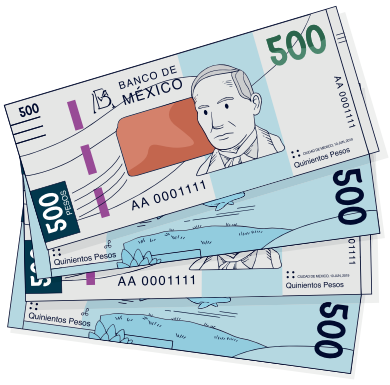
Los mexicanos regalan... mucho.

31 regalos

El promedio por persona en 2024.

35 %

Compras navideñas pagadas en efectivo.



Los favoritos de la Navidad.

77 %

Compra ropa como regalo.

Juguetes, ropa y electrónica entre el

40% y 77%

del rango de categorías más compradas.

La Navidad en México es mucho más que una tradición: es un motor económico que moviliza a millones de consumidores y comercios. Entre aguinaldos, regalos y celebraciones, diciembre se convierte en la temporada de mayor actividad del año.

Fuente:
Estudios de consumo realizados por Kantar México, informes de Concanaco-Servytur y reportes periodísticos publicados en La Jornada, Forbes México, El Universal y Publimetro (2024–2025).